

porque no me ha dado licencia para declararle: pero sabe v. m. muy bien que en ambas á dos cosas digo verdad, lo cual prueba el caso presente: que deseando yo dar algún arrimo á esta obra que del amor de Dios, con harto trabajo tengo compuesta, para que por este camino tuviese la autoridad y aceptación que su autor por su indignidad no pudo comunicarle, el dicho se ofreció con mucha liberalidad á sacarla á luz, con la condición que á v. m., y no á otro, se dedicase, lo cual yo acepté de bonísima gana, así por hacer el gusto de tan buen amigo, como por comenzar á servir á v. m., aunque es el servicio tan pequeño que, para que parezca algo, ha de poner más de su parte que lo que él de suyo vale, sino es que v. m. se contente con la voluntad con que esto se le ofrece, que sin ninguna duda es muy crecida y rica. Y no parezca fuera de propósito que, á quien tanto sabe de los secretos de la milicia temporal y de la tierra, se le dediquen y descubran los de la milicia espiritual y del Cielo, tanto más admirables, cuanto lo es el Señor con quien se trata sobre todos los hijos de los hombres. A lo menos podrá ver v. m., si con ojos despabilados y limpios del polvo de las mundanas codicias quiere leer este tratado, y á solas rumiar lo que en él se escribe, cómo alternativamente Dios triunfa del alma y el alma triunfa de Dios, que es negocio de harta consideración. ¡Oh, cuánto más importaría entrar á ver estos secretos del Rey eterno, que toda la comunicación y privanza de los reyes de la tierra! No dejo de entender por esto que es cosa gloriosa en el mundo ser tan privado como v. m. lo es de un monarca tan grande como el Rey D. Felipe nuestro Señor, cuya vida y estado el de todos prospere por largos años, porque para cargo de tanta confianza se presuponen muchos merecimientos, sin los cuales ninguno vemos que granjea su amistad ni priva en su casa, porque, como otro David, se desvela en buscar los hombres fieles de su reino para ayudarse dellos y asentarlos consigo y darles parte de su conse-

jo; pero también confieso que es cosa más gloriosa, de mayor provecho y honra, ser admitida una alma á los secretos del Esposo celestial, de los cuales á ninguno se da parte, sino es amicísimo, como consta por testimonio expreso del Redentor, que, encareciendo lo mucho que amaba á sus discípulos, les dijo un día:

«Ya no os tengo de llamar de hoy más siervos, aunque serlo míos es honrosísimo, sino amigos y privados, porque los secretos que oí de mi Padre os los he comunicado».

En las cuales palabras mostró claramente el Hijo de Dios que, para que un príncipe descubra su pecho con fiadamente á un su criado, le ha de quitar el nombre de siervo y se le ha de dar de amigo, y pues v. m. ha llegado á serlo, y tan particular, del mayor señor que tiene el mundo, procure serlo también con ventajas de el que confiesa y confesamos todos por Rey de reyes y Señor de señores; que si, como nota San Agustín, para dar Cristo los oficios principales en su Iglesia tuvo respecto al natural de los apóstoles por no sacar de su paso á la naturaleza, que al fin, si es buena, se ayuda della mucho la gracia; quien también acude á negocios de tanto peso y de tanto secreto no dejará de ser muy aventajado si una vez le entrare en la bodega de su vino el Rey eterno y ordenare en su alma la caridad en el trato mas ganancioso de la vida espiritual, que es el de los afectos amorosos y anagógicos deseos de que este mi libro especialmente trata. Recíbale v. m., como se lo suplico, y ampárele con su acostumbrada clemencia, para que, como la yedra tierna y ratera, arrimándose á los árboles y columnas fuertes, crece y se levanta y se hace vistosa y de codicia, así él, favorecido y ayudado de tan gran patrono, arrimado á tan buen árbol y tan firme columna, crezca y se levante, y pueda parecer sin temor en los ojos de los hombres, muchos de los cuales no se ceban en lo bueno y de codicia que hallan en los libros, sino en aquello sólo que, á su parecer, es reprehensible aunque no

lo sea. Yo quisiera que el hábito y profesión mía me dieran licencia para en esta breve epístola escribir como historiador la antigüedad de la casa de Alba, de donde v. m. desciende, con otras muchas particularidades que le hacen ilustre en el mundo; pero no la tengo sino para tratar los negocios del alma, que son los de mayor importancia y en que es razón que todos nos empleemos; pues, como dijo aquel famoso capitán Judas Macabeo, la gloria del hombre que no sirve á Dios, aunque sea monarca del mundo, estiércol es y gusanos. La verdadera le dé á v. m. aquel gran Señor en cuya mano derecha la consideró y vió el Profeta, con el acrecentamiento de los bienes del alma y cuerpo que éste su pequeño siervo y capellán le desea. Amén.

De Sant Diego de Sevilla, 20 de Julio 1589.



PRÓLOGO DEL AUTOR

EN QUE DECLARA EL INTENTO QUE HA TENIDO
EN ESTE LIBRO, Y ALABA MUCHO ESTE CAMINO
DE AFECTOS DE AMOR

ENTRE muchas cosas memorables que de aquel gran filósofo Teofrasto, discípulo de Aristóteles, se escriben, una es haber acusado y reprendido á la Naturaleza: «¿Por qué á los ciervos, cornejas y otras aves y animales dió vida tan larga, y á los hombres tan corta?» La razón de esta su querella fundábala este sabio en parecerle que importaba poco vivir estas aves y animales tantos años, y mucho que la vida del hombre fuese larga; porque, siendo tal, pudiera perfectamente ser enseñado en todas las artes y ciencias. De aquí es que, acercándose á la muerte, dijo con gran sentimiento: *¡Ay de mí, que se me acaba la vida cuando comenzaba á conocerla!* Aunque este dicho de Teofrasto, por una parte es reprehensible, por haber querido poner falta en las obras de naturaleza (que lo son de Dios, que las hizo perfectísimas, y en gran manera

bien acabadas), por otra parte merece ser celebrado y recibido de todos. Porque, verdaderamente, nuestra vida es tan breve, que, no digo yo en todas las artes y ciencias que hay que saber, pero ni en una sola de ellas puede el hombre que más vive dimediarse. Dijo muy bien Hipócrates, médico famoso, en el principio de sus aforismos: La vida es breve, el arte prolija y larga; el juicio que de las enfermedades se hace, dificultoso, y engañosa la experiencia. Y así solía decir el mismo (1): *Viejo soy, y, estudiando siempre la medicina, no he llegado á hallarle el fin.* ¿Qué más dije? El que más sabe, apenas sabe dos definiciones quiditativas de cuantas cosas Dios crió. Con ser esto verdad, no sé si por eternizarse los hombres, y dejar de sí nombre á los siglos futuros (como dice Salustio), ó con qué otros fines (los cuales en los santos siempre fueron loables, pues según sentencia de San Pedro, hablaron y escribieron movidos de espíritu de Dios), hacen y componen tantos y tan prolijos tratados, algunos provechosos, otros de ningún provecho, que no solamente no basta la vida para ser perfectos en todas las ciencias, más ni aun para leer la milésima parte de lo que de cada una se escribe.

De Ptolomeo, rey de Egipto, se dice que tenía en su librería veinte mil cuerpos de libros, é

(1) Senex quidem ego sum, et nondum ad medicinæ finem perveni.

intención de llegarlos á ciento y cincuenta mil. Pues ninguno estaba escrito de Teología ni de Cánones, en las cuales facultades no se halla fin, ni en el escribir, ni en lo que está escrito de ellas. Pues ¿quién agotará tantas librerías? ¿Quién leerá tantos libros? Y ¿quién no temerá comenzar á saber, siendo verdad que la mayor parte de lo que sabemos es la menor de lo que ignoramos? Y, con todo, entre tan grande número de escritores, y teniendo delante libros tan sin número, no por dejar nombre en el mundo ni por otro ningún humano respeto (que de los que tratan en cosas de tanta importancia ha de estar muy lejos), sino para gloria de aquel Señor que merece ser glorificado y honrado en todas sus criaturas, y de cada una conforme al talento de su mano recibido; yo, el más rudo de todos, el de menos experiencia, suficiencia y espíritu, me he atrevido á escribir este tan pequeño tratado del Amor, no por cierto mundano y sensual (que de ésos muchos hay escritos), sino del divino, que regala y deifica el alma con su virtud y maravilloso poder, y la enseña más en una hora que saben en muchos años los que frecuentan y siguen las escuelas, por mucho que trabajen en sus estudios, cuando sólo atienden á la perfección del entendimiento, dejada ayuna la mísera voluntad. Las razones que me han movido á escribir más de esta materia que de otra han sido muchas, y, entre todas, la primera mandármelo el amor, á cuyo mandamiento

obedece la Tierra y el Cielo, según que galanamente lo dijo Ovidio en estos dos versos latinos.

Quidquid amor jussit, non est contemnere tutum.
Regnat, et in superos jus habet ille Deos.

Que vueltos en romance hacen esta sentencia:

No es seguro tener en poca estima
Lo que el amor ordena, manda y quiere;
Que el mandato que intima,
Como quiera que fuere,
Se ha de cumplir con animoso pecho;
Que es rey, y sobre dioses ha derecho.

La segunda razón, y que no me hizo poca fuerza, fué ver que todo el bien y tesoro del hombre y su riqueza es el amor, si es bueno, y su perdición y miseria, si es malo. Porque el bueno le hace virtuoso, y el malo vicioso. Siendo esto así, bien se sigue que la virtud no es más que un amor bueno, y el vicio un amor malo. De donde saco yo que quien tiene ciencia del amor, la tiene de todo el bien y mal del hombre, de todos los vicios y virtudes, de su felicidad y perdición; y quien esto ignora, dese por ignorante de todo género de bien ó mal que toque al hombre. Favoreció también á mi intento ver que la común opinión de todos los sabios es que naturalmente sin amor no hay felicidad, y que de necesidad él la tiene que preceder y abrirle camino, porque es como principio de ella. Y si esto es así, como realmente lo es, bien conforme á razón parece que fuerce el amor á que de él y

no de otra cosa se comience cualquiera buena doctrina. Porque el que quiere proceder enseñando ordenadamente y por camino derecho, ha de comenzar de algún natural principio, y el que tiene el verdadero de la cosa que pretende tratar es visto, sin duda, no ignorar el de la doctrina. Y porque de la manera que el artífice, en cuanto puede, trabaja en imitar á la naturaleza en lo que obra, así el que enseña ha de principiar su doctrina de aquel principio que por naturaleza está ya constituido. Moviome, últimamente, á seguir este camino afectivo y del amor un sentimiento grande de Enrique de Palma, el cual en el prólogo de su mística Teología lo manifiesta sobre aquellas palabras de Jeremías que, lamentando la cautividad de su pueblo, decía: Los caminos de Sión lloran, porque no hay quien vaya á la solemnidad (1). No quiere decir Jeremías que los caminos materiales lloran, pues no tienen sentido, sino que provocan á llanto á quien los mira llenos de hierbas, por no haber hombre que los huelle acudiendo á las solemnidades del templo, como se solía hacer. Así dice Enrique que los caminos de Sión (que son los deseos de las almas enamoradas, por los cuales suben á Dios, y á la ciudad soberana de Jerusalén, y, morando en cuerpos de barro, son levantadas sobre toda razón y entendimiento) le ha-

(1) *Vix Sion lugent eo, quod non sint qui veniant ad solemnitatem.*—*Thren.*, 1.

cen á él llorar y provocan á lágrimas á todos los varones espirituales. Y verdaderamente hay pocos que huellen estos caminos, por los cuales se camina á la solemnidad que celebra Dios con el alma su esposa cuando, mediante el amor, se une con ella y la abraza consigo. ¡Oh lástima grande, que, dejada y despreciada la verdadera sabiduría, así el clero como la gente popular se ocupan y zambullen en las mundanas delicias y curiosidades sin provecho! Pero más es de sentir y de llorar con lágrimas de corazón que muchos religiosos y personas de autoridad, dejada y arrinconada esta verdadera sabiduría, por la cual sólo Dios perfectamente es honrado en lo interior del alma, miserablemente llenaron las suyas como de unos idolillos de diversas ciencias especulativas y de infinitos argumentos sofisticos, sin propósito inventados y fabricados. En las cuales cosas, por instigación del demonio, así andan absortos, y sus almas poseídas de ellas, que no halla lugar Dios donde pueda haber ni reposar. Maldita ocupación, por cierto, la que no deja algún respiradero en el alma para que por inflamados deseos y amorosos afectos llegue á tocar á su Dios, el cual no la crió para que contra su natural generosidad y nobleza se llenase de semejantes vanidades, sino para que fuese asiento de la sabiduría, y en ella residiese como en su cielo el pacífico Salomón. Esta ciencia del amor, que de su maestro San Pablo aprendió San Dionisio, conocida, hace,

sin duda ninguna, ventaja á todas las ciencias, y se levanta sobre ellas con mayor distancia que hay entre el Oriente y Poniente y entre la Tierra y el Cielo. Las demás ciencias enseñanlas los doctores y maestros del mundo; pero ésta tiene por maestro inmediato al mismo Dios, cuyos discípulos, por sentencia del Profeta, son bienaventurados (1). Esta ciencia, con divinas ilustraciones é influjos del Espíritu Santo, se escribe en el corazón: las demás, con plumas de aves y tinta negra se estampan en papel. Esta basta; porque por medio de ella halla el alma á Dios su Creador, y en Él, como en fuente perdurable de todos los bienes, inmediatamente descansa y halla cumplida refección: las demás nunca matan la sed ni satisfacen al deseo. Y es justo juicio de Dios que el que, sin hacer caso de la suma Sabiduría, se desvía y aparta de la suma Verdad, sea como envuelto todo en tinieblas, y su ánima, desvanecida con las invenciones humanas, ande vagabunda, descarriada y sin camino por las cosas vanas. Al fin ésta inflama el afecto y alumbra el entendimiento: las otras, cuando hallan el corazón alterado, hinchante, y oscurecen con vanas opiniones y errores el entendimiento. Por eso pedía á Dios el Santo Profeta que le enseñase primero *la bondad y disciplina que la ciencia* (2). La caridad y

(1) Ps. 93.

(2) Ps. 118.

la bondad causan luz en el alma, y el gusto de la virtud alumbrá el entendimiento. Gustad y ved, dice el Profeta (1). Al gusto de Dios se sigue la caridad, y ojos despabilados para ver y penetrar secretos divinos. Y sea ejemplo, ó figura de esto, lo que pasó á Jonatás (2), hijo del rey Saúl, que, yendo ciego de hambre, gustó de un panal y cobró la vista. En los *Cantares* promete el Esposo al alma su Esposa un ornato de las orejas, como si dijésemos zarcillos, ó arracadas hechas de oro, con unos esmaltes de plata (3). Cosa nunca vista, plata sobre oro; y si no fuera Dios el artífice, pareciera disparate; pero tiene gran sacramento. El oro significa la caridad, y la plata la ciencia; y porque la ciencia á secas no es buen fundamento para el edificio espiritual, pónesele Dios de caridad á ella. Si no se fundan las letras sobre el amor de Dios, espada son en manos de loco y furioso. Como lo hemos experimentado, no sin pérdida de infinitas almas, en Lutero, Zuinglio, Buzero y otros herejes, los cuales sólo hicieron caudal de las ciencias y no de la caridad. Subió sobre los querubines y voló (dice el Profeta) (4). ¿Adónde voló? A los serafines. No descansó en la ciencia, sino en el amor, que el Querubín ciencia signi-

(1) Ps. 33.

(2) Reg., 4.

(3) Cant., 1.

(4) Ascendit super Cherubim, et volavit. (Ps. 17.)

fica, y el Serafín amor y caridad. Esta se aventaja á las demás ciencias y virtudes, como el oro á los demás metales, que en hermosura, estimación y valor es sin duda que los excede. Y la caridad ¿no excede en la excelencia y perfección á las demás virtudes? Es tanta verdad esto, que, sin ella, ó no son virtudes, ó valen muy poco, según que lo afirma San Pablo en aquella carta primera de los Corintios (1). Donde confiesa llanamente que no tiene de qué gloriarse, ni de sabio, ni de limosnero, ni de profeta, ni de mártir si le falta la caridad. San Agustín dice que la caridad es por sí sola todas las virtudes. «Es fe, cuando creemos; esperanza, cuando confiamos; fortaleza, cuando vencemos; paciencia, cuando sufrimos sin murmuración las adversidades; misericordia, cuando nos compadecemos de nuestros prójimos; largueza, cuando hacemos limosna; humildad, cuando nos abatimos con el conocimiento propio; justicia, cuando, sin agraviar á nadie, damos á cada uno lo que es suyo. Al fin es todas las virtudes, y ella hace propias suyas las obras de todas.» ¿Qué no puede la caridad? ¿Qué no acomete? ¿Qué no vence? ¿Qué no comprende? De las cosas fuertes, la más fuerte es el amor; de las cosas blandas y suaves, la más suave y blanda es el amor. Todo sirve á la caridad, todo le paga tributo, todo le reconoce vasallaje. To-

(1) Cor., 13.

dos los oficios tiene la caridad, y á su albedrío goza del que le parece. Ella, no sólo es reina de todas las virtudes, sino, de los dones de Dios, el mayor. Pida, pues, quien quisiere don de profecía; pida quien quisiere fe que trastorne los montes; pida quien quisiere sabiduría y lenguas; pida quien quisiere castidad y limpieza; pida quien quisiere humildad y paciencia, ú otra cualquiera de todas las virtudes; que yo sola la caridad quiero y pido, que es mayor que todas, y todas andan en su compañía y servicio. Aunque Dios me dé todo lo que tiene, si me niega la caridad, á Sí mismo se me niega; porque sólo por amor se posee, y la posesión del amor es el mismo Dios. De manera que el amor hace que Dios sea mío, y mi posesión y heredad. Si tengo todas las cosas, y me falta la caridad, ni Dios es mío, ni puedo gozar de Él; porque fruición y amor son una cosa. ¿De qué me servirán todas las cosas si no poseo á Dios? Así como Dios no puede darme cosa de mayor precio que á Sí mismo, así no me puede hacer mayor merced en la vida que darme su amor, por el cual sólo le poseo y gozo. Tanto es verdad esto que digo, que si se diese que Dios, por su potencia absoluta, apartase la visión y la fruición, digo el verle y gozarle en el Cielo, y juntamente se diese que vos le vieseis y no le amaseis, y yo le amase y no le viese (puesto que le conozca), ni vos ni yo seríamos perfectamente bienaventurados; porque ni yo me quietaría hasta ver lo que amo, ni

vos podríais tener contento no amando el sumo Bien que veis, porque nuestra felicidad y bienaventuranza, ó está en ver y gozar, ó son menester ambas cosas para que sea consumada. Supuesto, pues, que los dos no somos del todo bienaventurados, yo lo soy más que vos, porque absolutamente más vale amar sin ver que ver sin amar; porque, viendo y no amando, no se posee á Dios ni hay amistad con Él; pero, aunque yo no le vea, si le amo, poséole y soy su amigo, y Él lo es mío; porque escrito está: Yo amo á los que me aman (1). Luego bien se sigue que el amor es el mayor de los dones de Dios. ¿Quién, pues, oyendo esto, me reprenderá porque haya tratado del amor, especialmente que no escribo del amor á secas, sino en cuanto es unitivo y fruitivo, y en cuanto sirve para enlazarnos y juntarnos con Dios estrechísimamente? Y, movido de este fin, quise titular este libro *Vía aflic-tiva*. Porque en él se enseña cómo el alma que estuviere bien purgada, y enjuta de las humedades de los pecados por la penitencia y mortificación, y bien alumbrada por el ejercicio de la meditación de las criaturas, ha de caminar por afectos amorosos y deseos encendidos al beso de su Esposo y á los abrazos estrechísimos y suavísimos de su Dios. Mas porque el título exquisito y poco conocido no desaficionase á los lectores, y, pareciéndoles que prometía poco

(1) Prov., 8.

(siendo la cosa más alta que se les puede comunicar y enseñar), se esquivasen de leerle y tenerle, me determiné á darle este título: TRIUNFOS DEL AMOR DE DIOS. Y, en realidad de verdad, él es un duelo y una lucha de amor mediante el cual lucha Dios con el alma y el alma con Dios. Y alternativamente se hieren el uno al otro en esta lucha, y se cautivan, enferman y hacen desfallecer y morir. Derrítase el alma, embriágase, sale de sí, transfórmase en Dios y hácese con Él una cosa, que es lo que aquí principalmente se pretende. Este camino llama San Dionisio á cada paso *Mística teología*, que es lo mismo que sabiduría secreta, como después veremos, por la cual afirma Enrique que se alcanza el verdadero conocimiento de todas las ciencias. Y la razón, dice Moncino, filósofo, intérprete de Platón, es porque el amor es principio de todas las cosas, en el cual, si las que son están virtualmente, puédesse muy bien decir que quien trata del amor trata de todas, y quien sabe lo que es el amor y sus propiedades, de todo cuanto hay en el mundo tendrá conocimiento. Y lo que es más (según sentencia y parecer de San Buenaventura), *por este camino se certifica la fe, fortifícase la esperanza, y la caridad se inflama*. La certificación de la fe está en esto que nuestra ánima sensiblemente siente, ser llevada con una infalible noticia á Aquel que sólo es quietativo de nuestros deseos, y esto sabe y entiende con mayor verdad que el ojo material,

aunque muy claro, ve su material objeto. Y porque, cuando conoce ser así llevada con infalibilidad á Aquel al cual con estas consurrecciones y afectos anagógicos camina, y en cierta manera se confirma en que Aquel que por la fe adora y reverencia es verdadero Dios y Señor suyo. Pues cuando el alma, de muchas cosas que pertenecen á la fe que cree, es hecha cierta por esta sabiduría unitiva, sepa que si todos los sabios del mundo y todos los filósofos protestasen, confesasen y dijese: Tu fe no es verdadera, sino falsa, y vives engañada; constantemente respondería: Vosotros todos sois los engañados, y yo sola soy la que tengo la verdadera fe. De manera que con mayor felicidad se tiene en el corazón el infalible fundamento de la fe para la unión del amor que por todas las razones, investigaciones y discursos que se hallan en los libros ni se pueden inventar. Tanto, que llega un alma á decir con San Pablo: *Yo sé á quién he dado crédito, y cierto estoy* (1). Dijimos que se fortalecía la esperanza que de la bienaventuranza futura tenemos, y es de manera su fortificación, que casi no teme el alma ni duda de alcanzar la gloria que espera. «Vemos—dice San Buenaventura—que, cuando los criados han servido familiarmente á un señor por largo y continuado ejercicio, la mucha familiaridad hace que pierdan el primer temor causado por

(1) *Scio cui credidi et certus sum.* (II Tim., 1-12).

»la majestad, y que, fiados en su bondad, crean
 »imposible apartarse de él en adelante». Pues de
 la misma manera, el alma que al principio es-
 taba tímida, alcanzada la familiaridad de Dios
 por los deseos y afecciones inflamadas, se en-
 gendra en ella por la misericordia suya una pura
 y tan gran confianza, que todo el temor pun-
 gitivo que antes la turbaba casi es extirpado y
 destruído, de suerte que viene á decir con el
 Apóstol: ¿Quién nos apartará de la caridad de
 Cristo? Finalmente, por esta unitiva sabiduría
 se inflama, enciende y perfecciona la caridad.
 Porque como Dios sea fuego que consume, en
 tanto expele y destierra del espíritu del viador
 toda la frialdad, en cuanto por las extensiones
 del amor más íntimamente se acerca á él y, as-
 pirando anagógicamente á la íntima unión suya,
 en cierta manera se pone á los abrasadores ra-
 yos del sol de la justicia, y como la estopa pue-
 sta á los del sol material, del fuego enviado de
 arriba es encendida y abrasada. Y de aquí es lo
 que dijo el Sabio de este sol divino y espiritual,
 que de tres maneras abrasaba los montes, por-
 que él por sí aumenta el ardor en el espíritu, y
 mediante este ardor cercena y corta lo que im-
 pide al amor, para que más ardentemente sea
 inflamado. Él sobreañade beneficios espiritua-
 les, con los cuales el mismo amor en sí mismo
 recibe aumento y perfecciones hasta abrasarse el
 alma, con el fin de que ardentísimamente Dios
 sea sólo amado de ella, y para que hierva en

amor del prójimo como en el suyo propio, para
 que ella misma con infalibles deseos no desista
 ni cese de aspirar como enferma á la perfectísi-
 ma unión de su Esposo. Concluyendo, pues, mi
 razonamiento, y dando lugar al lector devoto
 para que entre á escudriñar las riquezas que en
 este pequeño volumen están encerradas, digo
 que, por esta sabiduría, el alma es inflamada y
 perfeccionada para que á semejanza del círculo,
 que es figura perfecta entre todas, saliendo de
 las cosas sensibles y volviendo á entrar en ellas
 (como compás que revolviéndose sobre sí da
 vuelta y acaba donde comenzó), en todas conoz-
 ca, ame y reverencie á solo el Criador que las
 crió, con fin de que el hombre en ellas le cono-
 ciese y amase, y por ellas, que salieron de Él y
 vuelven á Él, caminase hasta ser una cosa con
 Él. Amén.





CAPÍTULO PRIMERO

DE LA ESENCIA DEL ÁNIMA RACIONAL, Y DE LA NECESIDAD QUE TUVO DE MUCHAS POTENCIAS Y DE LAS SIGNIFICACIONES QUE EN LA ESCRITURA SE HALLAN DE ESTE NOMBRE ÁNIMA.

EL divino contemplativo Dionisio dice que en cualquiera de todas las criaturas hay tres cosas, conviene á saber: *substancia* ó *esencia*, *virtud* ó *potencia*, y *operación*. Esto mismo sintió Aristóteles, y así dijo: *Todas las cosas se fundan sobre un ternario* (1). En lo cual resplandece el misterio de la Beatísima Trinidad, donde la esencia ó *substancia* se atribuye al Padre, la *potencia* ó *virtud* al Hijo, la *operación* al Espíritu Santo. Porque como la *operación* se causa de la *substancia* y *potencia*, así el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, según que la fe nos lo predica y enseña. San Buenaventura sutilísimamente filosofa sobre este caso, diciendo: «Que en todas las cosas hay plenitud, porque la »materia esta llena de formas según la virtud

(1) Omnia supra tria ponimus. Aristóteles, lib. 1 de *Calo*.

» seminal, la forma está llena de virtud según la »potencia activa, y la virtud está llena de efectos, según la eficacia» (1). De lo que toca á la materia, no tenemos que tratar al presente, porque no nos importa, pero sí de la plenitud de la virtud; porque, como dice el glorioso Padre San Agustín: «Dios nuestro Señor llenó con grande plenitud y abundancia las criaturas, conforme á la capacidad de cada una de ellas, y principalmente al ánima racional la dotó y enriqueció de fuerza y virtud según la potencia activa, median- te la cual es ligera y fácil, para sin pesadumbre y dificultad hacer lo que quiere». Y esta fuerza, que facilita y aligera el alma, se llama en este lugar potencia ó virtud. Esta potencia ó virtud está llena de efectos, esto es, de acciones y obras, porque se encierra en ella un cierto vigor y eficacia, mediante la cual el ánima obra acerca de sus objetos. De manera, que llama aquí San Dionisio potencia al inmediato y próximo instrumento de la operación del ánima, la cual no obra por su esencia ó *substancia*, sino por sus potencias, que son medias entre la esencia y la operación. Y es así que el ánima entiende y conoce, no inmediatamente por su esencia (que es negocio de sólo Dios), sino por la potencia intelectual, así como también ve por la potencia visiva que está en el ojo, y nutre por la potencia nutritiva.

(1) Itinerarium mentis, cap. 1.